

Siria: Crónica de una represión anunciada

Syria: Chronicle of a repression foretold

Naomí Ramírez Díaz

Licenciada en Filología Árabe y becaria FPI, Universidad Autónoma de Madrid
nao.ramirez@gmail.com

RESUMEN

La sólida estabilidad del régimen instaurado por la familia Asad ha sido desafiada por una población que, privada de libertad y dignidad, se echó a la calle a mediados de marzo de 2011 para exigir la instauración de un sistema democrático que garantice su integridad física y moral y el respeto de sus libertades. Este movimiento de carácter pacífico rompió la dinámica de acumulación de poder de las élites que, perdida toda legitimidad, se han refugiado en la violencia para intentar mantener sus intereses. Mientras el número de víctimas civiles va creciendo, la oposición no ha logrado desempeñar un papel demasiado efectivo que evite un vacío de poder o un conflicto social en caso de desmoronarse el régimen, y muchos les han acusado de querer acceder al poder aprovechando el movimiento popular. Por su parte, la comunidad internacional y los poderes de la zona están demostrando que, por encima de la dignidad del pueblo sirio, están sus intereses regionales. Con tal panorama, sigue siendo difícil predecir hacia dónde se dirige el país.

Palabras clave: Siria, revueltas, régimen, represión, geoestrategia, estabilidad

ABSTRACT

The solid stability of the regime established by the Assad family has been challenged by a population which, deprived of its freedom and dignity, took to the streets in mid-March 2011 to call for the introduction of a democratic system that would guarantee their physical safety, moral integrity and respect for their freedom. This movement, peaceful in nature, broke the dynamic of the accumulation of power of elites which, having lost all legitimacy, have turned to violence to attempt to maintain their interests. As the number of civilian victims rises, the opposition is not playing a very effective role in preventing a power vacuum or social conflict in the event that the regime collapses, and they have been accused of trying to gain power by taking advantage of the people's movement. Meanwhile, the international community and the regional powers have shown that their regional interests take precedence over the dignity of the Syrian people. In light of the situation, it is difficult to predict the country's future direction.

Keywords: Syria, revolts, regime, repression, geo-strategy, stability

La República Árabe Siria se ha caracterizado a lo largo de su reciente historia por tener un Gobierno de marcado carácter autoritario, intolerante con cualquier atisbo de disidencia, y hermético, que lo han convertido en uno de los grandes desconocidos de Oriente Medio que parece haber cobrado un cierto protagonismo debido al levantamiento popular iniciado a finales de febrero de 2011 de forma espontánea. Esta situación se ha convertido en un verdadero desafío al sistema erigido por Hafez al-Asad y continuado por su hijo Bashar. Sin embargo, aunque desconocido, Siria no puede considerarse un actor secundario en su área geográfica, sino que nos atreveríamos a decir que es el actor principal por su papel como garante de la estabilidad regional. De ahí que hasta que las víctimas no empezaron a contarse por centenares (mayo de 2011), Estados Unidos y la UE no comenzaron a reaccionar imponiendo una serie de sanciones económicas, y tardarían aún más en insinuar que el presidente había perdido su legitimidad, pero sin presionar para la emisión de una resolución de condena de la ONU. Esto, en principio, solo podía responder a un deseo de mantener a Bashar al-Asad en el poder a sabiendas de que una caída abrupta del régimen podría desestabilizar toda la zona. Desestabilización que, como es lógico, también preocupaba y preocupa a sus vecinos inmediatos, como Turquía, que ha visto a miles de refugiados sirios cruzar su frontera huyendo de la violencia del régimen, o Irán, aliado estratégico de Damasco.

Con este panorama, parece complicado de momento¹ poder hablar de una transición democrática en Siria, pues la escalada de violencia no augura un resultado prometedor. Estamos más bien ante el fin de una estabilidad mantenida durante décadas, exceptuando algunos episodios cruentos, que parece echar por tierra la permanencia en la presidencia de Bashar al-Asad desde su toma del poder en 2000, cuando se instauró la primera –y el tiempo dirá si es la última– república hereditaria (*yumrukiiyya*) del mundo árabe. Ese momento, cargado de esperanzas de *transición*, se quedó en un mero *traspaso* de poder con una leve apertura que no tardó en ser rectificada hacia un mayor autoritarismo.

1. Este artículo terminó de redactarse a finales de octubre de 2011, por lo que, cuando se hable de sucesos "actuales", se detallará la fecha para situar al lector.

LA ACUMULACIÓN DE PODER Y LA CONTESTACIÓN POPULAR

Siria, un país “feroz” (Ayubi, 1998: 651) y autoritario, está siendo testigo de un movimiento social que exige el paso a un sistema democrático, algo que no sorprende si se examina el panorama que presentamos a continuación: durante las últimas cuatro décadas, la libertad de expresión ha estado vetada²; los comicios para elegir a los miembros independientes del Parlamento han carecido de una eficacia real al componer un escaso tercio del mismo, dominado por el partido Baaz, que es el “líder del Estado y la sociedad” (art. 8 de la Constitución)³; el presidente ha disfrutado de plenos poderes; los partidos políticos no han dejado de estar prohibidos, y los que forman el Frente Nacional Progresista⁴ han sido meros espectadores de la obra dirigida por el Baaz; no se ha garantizado la seguridad física del ciudadano; no hay igualdad de derechos (algo que ha afectado especialmente a la minoría kurda); el control social ha sido mantenido por toda una gama de servicios de inteligencia con la misión de vigilar a la población en busca de posibles opositores; se han utilizado centros de detención arbitraria donde los detenidos ignoraban sus cargos y donde solían y suelen ser sometidos a tortura, etc.; y finalmente el estado de emergencia, en vigor desde 1963 (con el pretexto de la amenaza de guerra con Israel), suspendía toda legalidad y establecía la ley marcial. A pesar de que el estado de emergencia se levantó el 21 de abril de 2011, han continuado las detenciones arbitrarias y la violencia contra los opositores. Esta situación llevó a constatar que “el régimen sirio no solo es represivo, sino que además ha intensificado su deriva autoritaria desde la llegada de Bashar al-Asad” (Álvarez-Ossorio, 2011:1).

Esta deriva autoritaria ha sido contestada por la población, dentro de la dinámica que tuvo su detonante en Túnez en diciembre de 2010 y que inició la llamada “primavera árabe”, y ha provocado una sangrienta lucha por la participación en la dirección del país, que se ajusta al modelo de sociología del poder⁵ desarrollado por Ferran Izquierdo

2. El acceso a Internet está totalmente controlado, especialmente Facebook y YouTube, y sufre cortes continuamente y no se respeta la privacidad del correo electrónico. Tampoco existe una prensa independiente y los canales oficiales o semificiales son portavoces de la línea oficial del régimen.

3. Un partido que no cumple el 70% de los requisitos impuestos en la ley de partidos recientemente aprobada. De todos modos, su eficacia como partido es cuestionable, ya que ha acabado convertido en un instrumento del régimen.

4. Bloque de partidos de tendencia izquierdista dominado por el Baaz que ocupa dos tercios del Parlamento sirio.

5. La sociología del poder afirma que las élites económicas y políticas tienen como fin acumular más poder que las demás, lo que explica que, por ejemplo, a pesar de poseer inmensas fortunas, sigan buscando más poder adquisitivo. La acumulación diferencial de poder es lo que determina, por lo tanto, la actuación y participación en el juego del poder de las élites.

(2008) en el que asegura que la ética de la felicidad (de la población) se opone a la ética de la acumulación (de las élites⁶). Estas élites conforman la estructura del sistema en una dinámica de relaciones circulares guiadas por la lógica de la acumulación diferencial de poder solo interrumpida cuando la población exige cambios. Por ello, “las élites han asociado siempre los momentos democráticos y transformadores de protagonismo de la población al desorden, al caos y a la inestabilidad” (Izquierdo, 2008: 149). No en vano, estas élites suelen refugiarse en la dicotomía “nosotros o el caos”, con la variante “nosotros o la *fitna*” (escisión en el seno de la comunidad).

“El análisis de las sociedades árabes en términos de clase es necesario pero insuficiente, pues los equilibrios en las relaciones de poder y en la acumulación están más relacionados con el control del Estado que con las relaciones de producción y acumulación de capital. Esto explica en parte la dificultad del tránsito a sistemas políticos democráticos, pues la pérdida del control del Estado implica casi la desaparición como élite” (Izquierdo, 2007: 176). En consecuencia, lo que está sucediendo en el mundo árabe sobrepasa la crisis de legitimidad que apuntaba Gema Martín Muñoz (1999), según la cual, los regímenes árabes que se legitimaron con la independencia habrían perdido su credibilidad y la alternativa serían los movimientos islamistas que propugnaban una nueva ideología opuesta al laicismo imperante en los regímenes de carácter nacionalista. Desde la óptica de las élites primarias, en este momento de interrupción de la dinámica circular, “es la supervivencia del grupo o del poderoso, y no la justicia en las relaciones entre los individuos lo que importa” (Arteta, 2008: 121). En Siria, el Estado se ha convertido en un instrumento con el que la *mafia gobernante* se apropia de forma ilegítima de los recursos de la población, arrebatándoles su *dignidad*.

EL RÉGIMEN DE HIERRO INSTAURADO POR HAFEZ AL-ASAD

Hafez al-Asad, padre del actual presidente, llegó al poder en 1970 gracias a un golpe de Estado incruento (llamado Movimiento Correctivo, por su intención de redirigir las políticas interior y exterior), tras el que se rodeó de personas fieles, que supervisaron

6. Véase la descripción de las élites sirias en Álvarez-Ossorio y Gutiérrez de Terán (2009).

años más tarde el traspaso de poder de padre a hijo (Abd al-Halim Khaddam, Faruq al-Sharaa y Mustafa Tlas). Consciente de que su supervivencia, en un país marcado por los golpes de Estado desde 1949, dependía no solo del control de los recursos de poder, sino también de la consolidación de una amplia base de apoyo, no dudó en aliarse con la burguesía damascena suní (que servía de sustento económico del régimen y contrarrestaba la sobrerrepresentación de las minorías en los puestos más delicados del régimen) y erigir su edificio de poder sobre un tejido de relaciones clánico-familiares, colocando a sus hombres de confianza en los puestos de mando. La estabilidad de este sistema dependía del máximo dirigente (Hinnebusch, 1990; Lesch, 2005; Perthes, 1995; Seale, 1989), que mantenía un control directo sobre las denominadas élites secundarias, verdadero soporte del sistema: las fuerzas armadas (calificadas, sin tener en cuenta la historia, de fuerzas de minorías)⁷, los servicios de inteligencia militares y de seguridad, cuyo destacado papel es “consecuencia directa de las leyes excepcionales de emergencia” (Álvarez-Ossorio y Gutiérrez de Terán, 2009: 276), así como el partido Baaz.

En este edificio de poder, Al-Asad se situaba en la azotea de forma que toda orden partía de él y toda actuación dependía de su beneplácito, especialmente en el ámbito de la seguridad, buscando mantener la lealtad a su persona mediante el fomento del sentimiento de desconfianza entre las distintas ramas y cuerpos. Con todo esto, Al-Asad confirió a Siria “una estabilidad sin precedentes” (Álvarez-Ossorio, 2009: 116). Tras su fallecimiento en 2000, y para garantizar la continuidad del régimen, se hizo necesario cerrar filas en torno a su hijo Bashar (aquellos que no lo hicieron fueron apartados del juego de acumulación de poder y desaparecieron como élites). Sin embargo, Bashar al-Asad debía hacer frente a varios inconvenientes como la inmadurez institucional del sistema (la vieja guardia seguía siendo el núcleo de toma de decisiones⁸) y su cuestionable autoridad (que aún hoy es cuestionada). De hecho, a diferencia de la etapa de su padre, da la impresión de que un reducido grupo familiar, y no una única persona, lleva las riendas, aunque la firma de toda decisión recaiga en el presidente (Flynt Leverett, 2005: 27-37).

7. El crecimiento económico de las décadas anteriores, favorecido por la política francesa de creación de pequeñas entidades estatales de base rural (estados druso y alau) explica la preponderancia de oficiales de origen rural en el ala militar de Baaz (Batatu, 1999).

8. En vista de lo cual, se entiende la afirmación de Álvarez-Ossorio (2011: 4): “Las fuerzas armadas y los servicios de inteligencia han quedado al margen de esta renovación generacional (con la toma de poder de Bashar al-Asad) y han conservado su tradicional función de guardianes de la revolución baazista. Por eso no nos debe extrañar que este núcleo duro del régimen haya conseguido imponer sus concepciones a la hora de sofocar las revueltas”.

LA ERA BASHAR

En julio de 2000, elegido por referéndum con un predecible resultado del 97,3% de los votos a favor, algunos quisieron ver en Bashar al-Asad a un reformista. Una esperanza que su discurso de toma de posesión no satisfizo, pues se limitó a decir que continuaría con el legado de su “inmortal padre” y que solo estaba preparado para reactivar el espíritu del Gobierno, si bien también hizo leves concesiones como el llamamiento a la crítica constructiva y a la transparencia burocrática. Entre sus primeros objetivos declarados, destacaba la reforma económica en aras del desarrollo. Aun habiéndose impulsado tímidamente los sectores privado y bancario, las reformas propuestas por el grupo de tecnócratas de los que se rodeó en lo que se ha llamado la sustitución de la vieja guardia por la nueva han resultado ser totalmente insuficientes: el aumento del paro ha llevado a diseñar una política de *enmascaramiento* empleando a miles de personas como funcionarios del Estado con salarios ínfimos.

Tras la toma de posesión, intelectuales que querían revitalizar la sociedad civil se lanzaron a la reforma por su cuenta e inauguraron numerosas asociaciones. Este período de apertura se ha llamado la “primavera de Damasco”, en la que, entre otras cosas, fueron liberados cientos de presos políticos. Con tal clima, en septiembre de 2000, un grupo de intelectuales y miembros de la sociedad civil firmaron el Manifiesto de los 99, donde se alegaba que “ninguna reforma, ya sea económica, administrativa o legal puede lograr la calma y la estabilidad para nuestro país si no va de la mano de la deseada reforma política, que es la única que puede hacer navegar a nuestra sociedad hacia las costas de la seguridad”. Seguidamente, se celebraron numerosos foros y reuniones con el objetivo de restaurar el papel de la sociedad civil en el país.

Cuando el régimen decidió dar por zanjado este período, publicó lo siguiente en el periódico *Al-Munadil* (17.02.2001): “el desarrollo que no es dirigido por una fuerza masiva, capaz y popular está destinado a la anarquía y, posiblemente, al colapso [...] (aquellos que) piden la erradicación de la unidad nacional y la estabilidad y (piden un cambio político buscan) la vuelta atrás al período de ocupación extranjera, golpes de Estado, tensión, anarquía y regresión social y económica” (George, 2003: 79). Así, como apunta Ferran Izquierdo (2008), los momentos democráticos no son más que momentos de caos a ojos de quienes detentan el poder.

Sin amedrentarse, en 2005, el Movimiento de la Declaración de Damasco, que aunaba distintas fuerzas, incluidos los kurdos y los Hermanos Musulmanes (escindidos más adelante), exigía, entre otras, las siguientes acciones: el retorno de la sociedad a la vida política en un sistema democrático; la solución del problema kurdo (existente desde 1962, cuando un censo desposeyó a miles de ellos de su nacionalidad, y que el régimen prometió solucionar a raíz de las protestas); la eliminación de leyes como la n.º 49 de

1980 (que condena a los miembros de los Hermanos Musulmanes a la pena capital, aunque esta pena suele permutarse por 12 años de cárcel), así como la salida de las fuerzas armadas del juego político para dedicarse a proteger a la nación (a día de hoy se reitera que el papel del Ejército no es proteger al régimen, sino al país).

Ese mismo año, el analista Bassam Haddad (2005) se lamentaba de que la remodelación de las élites sin una reestructuración del sistema había sumido al país en un *impasse* social, económico y político, condimentado con una dosis de aislamiento internacional y de crisis regional (agravada con la retirada de Líbano). En el X Consejo Regional del Partido Baaz, celebrado en 2005, se adoptaron una serie de reformas que en 2011 aún no se han implementado. En este sentido, Human Rights Watch (2010) calificaba de “pérdida” la década de gobierno de Bashar al-Asad, muy marcada por sucesos como la matanza de kurdos de 2004⁹, o la retirada de Líbano tras el asesinato del ex presidente Rafiq el-Hariri del que prohombres del régimen fueron acusados en un primer momento, aunque la sospecha terminó cerniéndose sobre importantes miembros de Hezbolá.

EL AHOGO SOCIAL, LA CAÍDA DEL MURO DEL MIEDO

Se debe poner de relieve que la sociedad siria no estaba *dormida*: los intelectuales de la “primavera de Damasco” son los de hoy, los jóvenes que han salido a la calle han crecido a la sombra de la lucha entre las fuerzas del cambio y las de la estabilidad, y los que quieren mantener sus prerrogativas son quienes las renovaron o adquirieron en 2000. Solo el *muro del miedo* retrasó la erupción de un amplio sector de la sociedad hastiado de la privación de derechos y libertades. No obstante, varias voces se alzaron en un principio para asegurar que su revolución no era en contra del presidente, sino en contra del sistema corrupto y la falta de libertad, algo que se explica por la tendencia a creer que la vieja guardia del régimen no le permitía hacer reformas. La privación de derechos y libertades es lo que explica, según opina en una entrevista en Facebook el reconocido intelectual

9. A raíz de un partido de fútbol entre árabes y kurdos, se produjeron unos enfrentamientos que acabaron siendo reprimidos por las fuerzas de seguridad y que causaron decenas de víctimas, todas ellas kurdas (tiñendo el suceso de tintes políticos), a las que se sumaron las que cayeron al día siguiente durante los funerales.

Burhan Ghalioun (2011), que el cambio viniera en forma de revolución: “Viviremos una etapa entre la revolución y la recuperación de la estabilidad durante la cual se consolidarán las nuevas instituciones democráticas que habrán de ganarse la confianza del pueblo”. En este punto, es necesario hacer referencia a la práctica neutralización de una bastante dividida oposición por parte del régimen, que ha mantenido ilegalizados a la mayoría de partidos, muchos de los cuales trabajan aún desde el exilio y, en muchos casos, se trata de opositores individuales sin una organización a sus espaldas, como es el caso de Ghalioun, por ejemplo.

Si Túnez tuvo su Bu Azizi¹⁰, Siria tuvo como detonante de la explosión social la detención de un grupo de adolescentes por haber escrito lemas pidiendo libertad en la ciudad de Deraa¹¹, al sur del país. Esta ciudad se convirtió entonces (y fue seguida posteriormente por otras) en el epicentro de las manifestaciones; se desataron en varias ciudades actos semejantes de solidaridad que se afanaban en expresar su carácter pacífico al grito de “*silmiiyya, silmiyya*” (pacífica). El régimen, por su parte, se escudó en el peligro que corría la unidad del Estado para justificar y legitimar el empleo de la violencia. Pero al no haber existido nunca una legitimidad real (el presidente no fue elegido democráticamente, sino que fue refrendado tras cambiarse la Constitución para que su edad coincidiera con la mínima para ser presidente), la legitimidad de la violencia *defensiva* era cuestionable. Por mucho que el presidente asegurase que “Siria es estable”¹², intentaba cubrirse al mismo tiempo las espaldas manteniendo los precios bajos de los productos básicos. Sin embargo, la cuestión no era solo económica: la población buscaba libertad. Únicamente el miedo a la violencia de un Estado apoyado en los servicios de inteligencia y seguridad había mantenido bien elevado el muro de contención, reforzado con la memoria de los sucesos de Hama de 1982. Derribado este muro, la población se echó a la calle para pedir “dignidad”, interrumpiendo el proceso de acumulación de poder de las élites.

10. El hombre cuya inmolación en Túnez se considera el detonante de la Revuelta de los Jazmines en ese país.

11. Aunque se produjo un leve suceso previamente en Damasco donde por primera vez, al golpear la policía a un comerciante del zoco, sus compañeros del gremio comenzaron a gritar “al pueblo sirio no se le humilla”.

12. Entrevista con *The Wall Street Journal*, 31.01.2011.

LA VERSIÓN OFICIAL Y LA RESPUESTA DE LA CALLE

El régimen mantiene la versión de que todo era una conspiración contra la estabilidad siria, apuntando a distintas manos negras según terciaba: grupos armados, los Hermanos Musulmanes, grupos salafíes, elementos apoyados por Israel y Estados Unidos... Pero, sin duda, las redes sociales y los medios de comunicación como Al-Yazira, que no ha cesado de emitir vídeos enviados por los manifestantes y servirse de ellos como corresponsales, fueron los más vapuleados (una de las cadenas oficialistas inventó una revuelta en Qatar, sede del canal árabe, contra el emir de ese país). Se debe dedicar una especial atención a la carga contra los Hermanos Musulmanes y los grupos salafíes. Ambas acusaciones están relacionadas con la siempre latente cuestión sectaria, ya que el régimen se ha escudado siempre en ella asegurando que lo que se estaba intentando con una conspiración exterior, “cuyos hilos se extienden desde países lejanos, cercanos e, incluso, dentro del país”, era la desestabilización del país y, evidentemente, había que evitar “la secesión social”, según expresó Bashar al-Asad en su primer discurso desde el inicio de las revueltas (30.03.2011).

Aunque con retraso, miembros de las minorías confesionales terminaron por echarse a la calle. Más aun, los alauíes, a la que los medios occidentales suelen referirse como la secta gobernante, obviando las múltiples alianzas en que se apoya la familia Asad, han sido siempre y siguen siendo víctimas de las mismas precariedades que el resto de la población: solo los cercanos al régimen se han beneficiado de su posición, y no de su confesión. Los propios Hermanos Musulmanes reiteraban esto repetidamente: “Si existe un problema sectario en Siria, lo ha inventado el régimen” (Al-Bayanouni, *Al-Hurra*, 25.04.2011). De ahí que los protagonistas de la potencial guerra civil que auguraba el régimen fuesen, más bien, los *mundassin* (infiltrados), término con que el régimen se refiere a los manifestantes, y los que, por distintos motivos, se mantenían leales al régimen (cada vez menos), y no tanto los grupos confesionales; si bien es cierto que pasados seis meses desde el inicio de las revueltas, y ante la incesante ofensiva del régimen, aparecieron algunas tensiones confesionales en zonas muy concretas.

En relación con la supuesta implicación de grupos salafíes en las revueltas, Al-Bayanouni, ex dirigente de los Hermanos Musulmanes, denunció que, de nuevo, se trataba de una invención del régimen. Sin embargo, debe señalarse que la excesiva permisividad y porosidad de las fronteras sirias con el tránsito de estos grupos entre Líbano e Irak durante la última década ha llevado al establecimiento de grupos como Fath al-Islam en su territorio de forma permanente, aunque no han considerado a Siria su foco de acción (Itani, 2008). Entonces, ¿ha formado parte el salafismo de las manifestaciones? La consigna más repetida ha sido “Dios, libertad, Siria y nada más”, acompañada del harto conocido “Dios es grande” (poco escuchado en Túnez y Egipto). Tampoco se le

escapa a nadie que las manifestaciones tomaron desde el inicio las mezquitas como punto de partida (eliminado el derecho de reunión, el único lugar para congregarse son los lugares de rezo)¹³. Elementos salafíes han participado en las manifestaciones, pero no como fuerza mayoritaria ni mucho menos dirigiendo las movilizaciones. Por otra parte, los Hermanos Musulmanes de 2011 no son los de 1982, que se levantaron en armas contra el Gobierno en Hama para establecer un régimen inspirado en el iraní (Saad al-din, 2006-2009), aunque en 1982 hubo otros factores, como el económico-social, ya que la antigua burguesía urbana había sido apartada del poder por la nueva burguesía de origen rural (Gutiérrez de Terán, 2003; Ismail, 2010). A día de hoy, la rama siria de los Hermanos Musulmanes asegura apoyar la democracia¹⁴.

Pero lo verdaderamente importante es que la calle se ha apresurado a asegurar su total desconexión de cualquier grupo salafista, de los Hermanos Musulmanes y de los grupos opositores exteriores. Ha sabido expresar por sí misma lo que quería sin acogerse a ninguna ideología: *libertad, dignidad* y, en definitiva, *la caída del régimen* y todo su sistema ideológico de “la Siria de Al-Asad”. De ahí que se haya defendido de las acusaciones del régimen repitiendo: “Ni salafíes ni Hermanos, queremos que caiga el régimen” o “Ni islam, ni cristianismo, mi confesión es la libertad”, haciendo hincapié en el carácter laico del movimiento y en la unidad popular: “El pueblo sirio es uno”. Por todo esto, establecer un paralelismo entre lo acontecido en 2011 y las revueltas de 1982, como se hace en numerosos medios de comunicación, supone una comparación bastante desafortunada. El reconocido intelectual opositor en el exilio y que tuvo un importante papel en la “primavera de Damasco”, Radwan Ziade (*Al-Hurra*, 26.04.2011), identificaba cuatro factores fundamentales que dificultaban que el régimen saliera airoso de las actuales revueltas, frente a lo sucedido en 1982: su extensión a todos los rincones del país¹⁵, su carácter pacífico que da lugar a un sentimiento de solidaridad exterior y entre los propios sirios, el contexto internacional (en 1982, no hubo presiones) y, finalmente, el papel de la revolución tecnológica. Aunque el régimen se ha mantenido en pie, las movilizaciones, lejos de disminuir, han ido creciendo a la par que ha crecido el número de víctimas y detenidos.

13. Varios activistas sirios musulmanes comentaban la posibilidad de iniciar marchas desde iglesias, pero de momento, por problemas de organización y de vigilancia, ello no ha sido posible. Lo que es cierto es que muchos cristianos se sumaron a sus conciudadanos musulmanes en el rezo para salir con ellos en manifestaciones.

14. Véase su proyecto político de 2004. Zuhair Salim, su portavoz (*Al-Mustaqilla*, 02.06.2011), confirmó su postura diciendo que separar el Estado de la religión era como separar el Estado de la moral.

15. Hamit Bozarslan (*Le Monde*, 13.05.2011) matiza que se trata, a diferencia de las revueltas en Egipto o Túnez, de una revuelta de provincias y no de ciudades, ya que Damasco y Alepo están quedándose al margen, ahogadas, en parte, por la excesiva presencia de los servicios de seguridad.

LA OPOSICIÓN Y LAS LLAMADAS AL CAMBIO

El 21 de abril de 2011 se producía el levantamiento efectivo del estado de emergencia, pero no satisfechos con esta medida y en vista de la escalada de violencia, un día después, los activistas políticos emitieron su primer manifiesto conjunto en el que pedían que se implantara un sistema político democrático, que se disolviera el aparato de seguridad, que los prisioneros políticos fueran liberados y que el partido Baaz dejara de monopolizar la vida política siria. Es significativo que este comunicado no exigiera la caída del régimen: la práctica neutralización de la labor opositora en el país, la falta de una cultura política en la población, así como el hecho de que la mayoría de la oposición trabajase desde fuera y hubiera perdido contacto con la población, eran factores que, en un principio, exigían cautela. Ello explica por qué en las primeras conferencias de la oposición (Antalya, Bruselas y Damasco), independientemente del recibimiento que cada una tuvo por parte de la población, no se pidiera echar abajo el sistema, sino únicamente el traspaso de poder al vicepresidente para iniciar el proceso de transición de forma pacífica, incorporando a dicho proceso a miembros del régimen para evitar el vacío de poder.

Por su parte, el régimen hizo oídos sordos a estas y otras llamadas y, mientras los medios de comunicación oficiales continuaban acusando a bandas armadas y grupos salafíes de instigar las revueltas, prometió la celebración de una conferencia para el diálogo nacional que, efectivamente, tuvo lugar en el mes de junio y en la que, como muchos analistas denunciaron, no participó más que una oposición *de forma* y no de fondo. El régimen se escudó en que la mayoría de grupos opositores –solo un reducido grupo de intelectuales se reunió con la consejera del presidente, Buthayna Shaaban– habían rechazado participar en cualquier iniciativa de diálogo. Lo que no explicó fue que ese rechazo era resultado de la negativa del régimen a liberar a los presos políticos y poner fin a los excesos cometidos por las fuerzas de seguridad. De ahí que la Conferencia de Damasco (27.06.2011) fuese muy criticada, ya que, en cierto modo, se celebró bajo el paraguas del régimen (no hubo incidentes), aunque no hubo representación del mismo porque se trataba de una reunión de miembros de la oposición, fundamentalmente intelectuales.

Tras nuevos intentos de aunar filas en torno a un objetivo que ya se declaraba abiertamente consensuado (echar abajo al régimen), en agosto de 2011 se creó una Comisión Nacional en Turquía para lograr formar un equipo preparado que evitara el vacío de poder. Prácticamente a la par, se anunció una lista de 94 personas que conformarían un Comité de Transición (nombre que provocó cierta polémica, por recordar el caso libio) bajo la presidencia del intelectual exiliado Burhan Ghalioun, quien prometió hacer todo lo posible por formar un frente unido. Sin embargo, era consciente de las grandes

dificultades de lograr una unidad entre la oposición interior, fundamentalmente laicista, y la exterior, dominada por los Hermanos Musulmanes dada su tradición y experiencia organizativas (*Le Monde*, 31.08.2011). Estas dificultades se hicieron patentes en la conferencia de Doha, celebrada en septiembre de 2011, en la que el afán de protagonismo de muchos participantes o el deseo de ensalzar la labor de conferencias previas, no permitió llegar a un consenso. Finalmente, el 2 de octubre de 2011, se creó el Consejo Nacional Sirio en Turquía, hasta ahora, el único cuerpo que parece que logrará el reconocimiento como representante del pueblo sirio.

DISENSIONES DENTRO DEL RÉGIMEN Y DEBILIDADES APARENTES

El discurso de Bashar al-Asad del 30 de marzo del mismo año –que se anunció que iba a “apaciar los ánimos de todo el mundo” y que se esperaba que fuera una extensión de las reformas anunciadas por su consejera Buthayna Shaaban en torno a cuatro ejes centrales: la cuestión kurda (se decretó la concesión de la nacionalidad a los kurdos privados de ella), el pluripartidismo, el levantamiento del estado de emergencia y la subida de sueldos y creación de empleo (según el régimen, la preocupación fundamental de los sirios)– no satisfizo ninguna expectativa. Tampoco lo hizo el anuncio del 20 de junio, cuando el presidente se regodeó en los logros de las comisiones que había creado (que aún no han dado lugar a resultados tangibles). Del mismo modo, ni su entrevista emitida por el canal estatal el 21 de agosto, en la que hablaba de elecciones y de la creación de partidos, ni su discurso durante la cena celebrada con varios ulemas del país durante el Ramadán, donde pretendió despojar a los manifestantes de toda credibilidad al asegurar que “quien utiliza el nombre de Dios con fines destructivos carece de ética”, sirvieron para apacar los ánimos.

Los sirios consideraron tales intervenciones como un atentado contra su inteligencia, especialmente el primer discurso, en el que no se habló de reformas concretas, sino de las coyunturas regionales que habían impedido su implementación: “Los acontecimientos (invasión de Irak, asesinato de Hariri y consecuente retirada de Líbano, etc.) que hemos vivido durante el proceso de reformas (económicas) nos llevaron a reordenar nuestras prioridades, aunque eso no lo justifica [...]. La prioridad pasó a ser la estabilidad de Siria”. “Creo que debemos ofrecer al pueblo sirio lo mejor y no lo más rápido [...] Queremos ir más deprisa, pero no precipitarnos”. Es decir, la prioridad era mantener el sistema para seguir acumulando poder indefinidamente y controlando el recurso del Estado, dando quizá algo de *pan*, pero nada de *libertad*.

Perdida toda credibilidad desde su primer discurso, en un intento de reforzar la que el régimen consideraba su gran baza –su calidad de país que no se doblega ante Estados Unidos y que mantiene, en su discurso, la causa palestina como una de sus prioridades–, con motivo de la Nakba palestina (15 de mayo) se autorizó una marcha hacia la frontera con el Golán ocupado, que muchos lograron cruzar. Esta escena se repitió el 5 de junio, cuando se conmemoraba el Desastre del 67, y hubo levantamientos en el campamento de refugiados palestinos de Yarmuk, de donde habían salido muchos de los jóvenes enviados a la frontera, ya que consideraban que tal empresa no había sido más que una maniobra del régimen sirio para desviar la atención de sus problemas internos y centrarla en los territorios ocupados, como si los palestinos fueran un instrumento más al servicio de las élites. Al no funcionar esta estrategia y al levantarse el campamento de Al-Raml, cerca de Lattakia, contra el presidente tras haberse producido las manifestaciones en Ramallah a principios de agosto (escena repetida un mes después) pidiendo la caída del régimen de Al-Asad, los palestinos se sumaron a las víctimas y desplazados sirios.

Por otra parte, los rimbombantes elogios al presidente que salían de boca de los miembros del Parlamento (donde no hay opositores) durante su primer discurso no representaban la realidad, y en dos de los pilares del régimen (el partido y las fuerzas armadas) comenzaron a aparecer grietas que amenazaban las bases, aunque de forma sutil: miembros del partido Baaz en Deraa, Homs y Baniyas anunciaron su dimisión en protesta por los abusos de las fuerzas de seguridad y no contra el régimen. Sin embargo, lo que parecía que sería una tendencia que tendría continuidad se detuvo de golpe. Lo cierto es que estas dimisiones en masa fueron descalificadas por el propio portavoz de los Hermanos Musulmanes (*Al-Hiwar*, 05.05.2011), que aseguró que dicha actuación no ayudaba al pueblo de ninguna manera y que lo que el partido Baaz debía hacer era decir con claridad que la represión no podía continuar en nombre del partido. Precisamente esta *ineficacia* por parte del partido Baaz le llevaba a cuestionar la utilidad de la eliminación del artículo 8 de la Constitución, preguntándose “¿Dónde está el Baaz?” (*Al-Mustaqilla*, 04.05.2011). Como si su comentario hubiera sido tomado en consideración, el Baaz anunció el 31 de mayo que no eliminarían dicho artículo, algo que el presidente reiteró en la entrevista del 21 de agosto, cuando dijo que para cambiar dicho artículo debería hacerse una revisión completa de la Constitución, para lo que a mediados de octubre creó una comisión.

También se han producido desertiones en las fuerzas armadas, primero a título personal, y después en grupo, terminando por conformarse una “división de oficiales libres” que transmitió un único mensaje: su labor no era proteger al régimen, sino a la población. Aunque estas dimisiones y desertiones no se produjeron en los altos rangos del poder, simbólicamente, tenían su importancia, porque el sistema necesitaba, cada vez más, apoyarse en las fuerzas de seguridad y en las brigadas controladas personalmente por Maher al-Asad, al mando de la Guardia Republicana, cuya misión ha sido siempre pro-

teger al régimen. El miedo al creciente número de efectivos del cuerpo de oficiales libres pudo constatarse cuando, misteriosamente, Hussein Harmush, el soldado con el rango más alto que había desertado hasta la fecha y que se encontraba refugiado en Turquía, apareció en la televisión oficial retractándose de su decisión y recitando la versión oficial de los grupos armados y la conspiración exterior a mediados de septiembre.

En el ámbito religioso oficial, el muftí de Aleppo, el sheij al-Shalqini (25.05.2011), amenazó sutilmente al régimen asegurando que la ciudad estaba a punto de explotar y que no podrían seguir conteniéndola con promesas de reformas que no llegaban, como habían hecho desde el inicio de las protestas. Finalmente, la ciudad de Aleppo despertó tímidamente en julio rodeada de un hiperbólico aparato de seguridad que la mantendría casi al margen de lo que sucedía en el resto del país en los meses posteriores, a lo que debía unirse una cierta apatía por parte de algunos sectores que preferían el statu quo. Por su parte, la Unión de Ulemas sirios, ante la escalada de violencia durante el mes de Ramadán, aseguró que el régimen era el más sanguinario que Siria había conocido desde la llegada de los mongoles a la zona, resquebrajando de esta manera aun más los pilares del régimen, que ya solo puede apoyarse en las figuras religiosas cooptadas como el sheij Al-Buti o el muftí de la República, Ahmad Hassun. Sin embargo, aunque es difícil constatar su alcance, uno de los reveses de mayor importancia que el régimen ha sufrido ha sido la desertión del fiscal general de Hama, Adnan Bakkur, que, desde fuera de Siria, ha asegurado que Bashar al-Asad es plenamente consciente de todo lo que sucede, porque él mismo firma las órdenes (como sucedía en tiempos de su padre), y que la represión ha sido apoyada logísticamente por Irán y Hezbolá, que también han aconsejado al régimen la manera de tratar a los manifestantes. Sin embargo, aún se espera que publique los documentos que dice tener.

LA COMUNIDAD INTERNACIONAL SIGUE LEJOS DE ESTAR A LA ALTURA

Es indiscutible que la región puede verse afectada por un cambio de Gobierno en Damasco, especialmente si se produce de forma abrupta y da paso a un vacío de poder, que la oposición y la población intentan evitar. Aunque las condenas internacionales han ido aumentando el tono, el Consejo de Seguridad de la ONU no ha logrado aprobar una resolución de condena debido a la negativa de países como Rusia, China y Líbano a los que se ha presionado solo tímidamente: Siria no es Libia y Al-Asad lo sabe. Dejando de lado su posición geoestratégica, no se entiende la pasividad internacional.

Washington, que parece haber olvidado la poca utilidad de las múltiples sanciones que se han impuesto a Siria en los últimos años, decidió aprobar varios paquetes de sanciones, que comprendían la congelación de todos los bienes en Estados Unidos del presidente y de varios prohombres del régimen. Esta medida fue emulada por la UE, pero con una diferencia: Estados Unidos impuso también sanciones a las Fuerzas Al-Quds de la Guardia de la Revolución de Irán, acusada de estar asesorando y ayudando a Siria en la represión (confirmado por una serie de informes de inteligencia británicos publicados en *The Daily Telegraph*, 06.06.2011 y por Adnan Bakkur¹⁶). Si bien con la boca pequeña, Hillary Clinton aseguró finalmente que su país podría prescindir de Al-Asad si fuera necesario, siempre dentro de la ambigüedad que ha caracterizado la política de Washington con Damasco, un continuo tira y afloja que mantiene los intereses de poder en la región de Estados Unidos e Israel, país que ya se ha visto afectado por la “primavera árabe”. Así, a finales de junio, Estados Unidos comenzó a presionar a la ONU para que se sancionara a Siria por no colaborar con la Agencia Internacional de Energía Atómica en relación con una supuesta planta nuclear en Deir Ezzor con fines no pacíficos, y que fue bombardeada por Israel en 2007. Para evitar perder los servicios de estabilidad regional que garantizaba el régimen de los Asad, era necesaria una excusa así para desviar la atención de las continuas violaciones de derechos humanos y la brutal represión.

Por otro lado, la implicación iraní y de las milicias de Hezbolá en la represión de los manifestantes, frente a un supuesto apoyo logístico a los manifestantes por parte de grupos salafíes libaneses y de la corriente Al-Mustaqbal de Al-Hariri, solo se entiende, de nuevo, teniendo en cuenta el papel que tiene Siria en Oriente Medio y la influencia que ejerce sobre el país del cedro. La amenaza de su caída ha llevado a Irán y a su brazo en Líbano a hablar de la necesidad de reformas para evitar verse afectados, postura a la que se sumó Irak en septiembre. Turquía, por su parte, que desde hace años mantiene unas relaciones más que cordiales con Siria, terminó apartándose de este país con unas declaraciones en septiembre de 2011. Sin embargo, muchos opositores recelan del papel de Turquía, ya que, por un lado, ha adquirido un excesivo protagonismo al organizarse en sus fronteras varias conferencias de la oposición, y por el otro, mantuvo durante meses a los refugiados sirios aislados de los medios de comunicación. La misteriosa desaparición de Hussein Harmush, el portavoz de los Oficiales Libres Sirios, y sus declaraciones en la televisión siria han hecho dudar a la población sobre la postura de Turquía, algo que se ha unido al temor de muchos opositores ante la posibilidad de la imposición de una zona de exclusión aérea liderada por este país.

16. Véase <http://www.rosaonline.net/Daily/News.asp?id=124779>

La firma del pacto de reconciliación entre Hamas y Fatah (a pesar de las dificultades de su implantación efectiva) en mayo de 2011 plantea la duda de si la pretendida neutralidad del primero respecto a lo que sucede en Siria es sostenible y si este pacto ha sido una válvula de escape para el movimiento en caso de colapsar el régimen, pues tal pacto abre nuevos horizontes para el movimiento palestino: quien ahora se beneficia de la presencia de Hamas en Siria no es el propio Hamas, sino el régimen sirio, que pretende mantener la baza palestina como último recurso de legitimidad, mientras que Hamas podría beneficiarse de los cambios políticos en el entorno para trasladarse, por ejemplo, a Egipto, como aseguró uno de sus dirigentes, Mahmud al-Zahhar (*Palestine News Agency*, 08.09.2011). A esto debe añadirse el pacto con Israel en octubre de 2011, que contemplaba el intercambio de presos.

En el entorno árabe, el silencio que ha caracterizado la postura de sus gobiernos durante meses ha concluido con la llamada de algunos embajadores a consultas, la elaboración de una iniciativa de diálogo que pretendía mantener a Bashar al-Asad en el poder hasta 2014 (una propuesta considerada por la oposición fuera de toda consideración) y la sugerencia de que Siria fuera expulsada temporalmente de la Liga Árabe como medio de presión. Los países árabes del Golfo, autores de la iniciativa, son los que más temen en realidad la caída del férreo régimen de al-Asad, ya que podría constituir un peligroso precedente para los habitantes de sus reinos y emiratos.

CONCLUSIONES

El régimen sirio ha demostrado con creces su calidad de Estado *feroz* y se han confirmado las predicciones hechas por Bashar al-Asad, paradójicamente, en relación con los países del entorno: “Cuando hay divergencias entre tus políticas y los intereses y creencias de la gente, tendrás un vacío que provocará los disturbios” (*Wall Street Journal*, 31.01.2011). Las divergencias han quedado patentes con el uso indiscriminado de la violencia contra la población en una *¿transición?* sangrienta en la que la acumulación diferencial de poder intenta imponerse sobre la libertad y la *dignidad*. La *calle* siria no estaba dormida. Si los intelectuales y activistas políticos lideraron la “primavera de Damasco”, los manifestantes de hoy han roto el muro del miedo para incorporar al resto de la sociedad, que, a pesar de sus diferencias, intenta demostrar su unidad por lograr un objetivo: la *dignidad*, como paso previo a la instauración de una democracia. Las excusas de que la coyuntura regional impedía la reforma se han vuelto contra el régimen. Ya nadie cree en una vieja guardia que frena toda iniciativa de reformas (Bashar al-Asad se

afanó en desmentirlo en su discurso del 30 de marzo): al-Asad es el responsable de lo que sucede, aunque los métodos de su hermano Maher se hayan impuesto sobre el diálogo.

Aunque la sociedad se ha organizado, no sin dificultades, en comisiones para poner en común objetivos, y ya se ha publicado más de un manifiesto que recoge sus peticiones, hace falta un entramado político activo y una experiencia de gobierno de la que Siria carece tras cuarenta años de monopolio de los Asad y sus familiares. Para lograr la transición pacífica es preciso que el Consejo Nacional Sirio logre que las partes integrantes abandonen la competición por el poder y se pongan al servicio de la sociedad.

Las deserciones en el Ejército, uno de los pilares del régimen, han hecho que muchos confíen en que esta institución termine poniéndose del lado del pueblo y devuelva la estabilidad al país una vez caiga el régimen. Pero la historia de Siria ha estado marcada por las intervenciones militares en política. ¿Podría repetirse la historia? Parece que muchos prefieren correr el riesgo. La cuestión es hasta qué punto el régimen piensa seguir haciendo uso de los servicios de seguridad (que son los verdaderos ejecutores de las órdenes y que gozan de impunidad) para mantenerse en el poder, y prolongar así la agonía social, económica (cada vez más acuciante) y política del país.

Ante todo esto, la comunidad internacional ha permanecido cuando menos impasible, pues sabe muy bien que el colapso de Siria amenazaría de forma directa al equilibrio de fuerzas de la zona y a su estabilidad: Siria es vecina de Irak (de donde alberga miles de refugiados), un país que, desde la invasión de 2003, ha terminado completamente fragmentado y donde varias potencias, como Irán o los países del Golfo, intentan extender su influencia, algo que podría terminar por aplicarse a Siria en caso de darse un vacío de poder. Tampoco es fácil obviar que su frontera con Israel es la más segura y rentable para el país vecino (no ha hecho falta ningún acuerdo de paz para mantener su estabilidad) y que el temor a una mayor implicación iraní en territorio sirio pondría en jaque a Israel y los países del Golfo. Además, como ya se ha señalado, Siria es el eje que vertebra las relaciones de distintas fuerzas en Oriente Medio, y en su territorio se encuentra el liderazgo exterior de Hamas y miles de refugiados palestinos. Si el régimen se tambalea, el equilibrio regional también, y con él la competición por la acumulación de poder de los distintos actores de la zona.

De cara al futuro, cabe esperar múltiples escenarios dada la complejidad de la situación. La deteriorada economía del país, que es uno de los recursos de los que dispone el régimen para financiar su mantenimiento, puede terminar por convertirse en un obstáculo insalvable que termine por echar el régimen abajo. Sin embargo, desde finales de agosto de 2011, con el triunfo de los rebeldes en Libia y el incesante aumento del número de muertos, un nuevo debate se ha abierto paso entre la población, aún de forma minoritaria, y en las filas de la oposición: la necesidad o no de tomar las armas. Con ello, la revuelta se convertiría en una insurrección armada, una situación que algunos medios han resaltado desde entonces, tal vez buscando justificar una posterior

intervención a la que algunos miembros de la oposición ya se han referido como último recurso si se deteriora aún más la situación, pero que tendría consecuencias impredecibles. Mientras tanto, la mayoría pide una protección internacional que incluya medios independientes y delegaciones que investiguen los hechos.

En octubre de 2011 sigue siendo difícil predecir hacia dónde va Siria, aunque una cosa está clara, la población ha logrado interrumpir el proceso de acumulación de poder y no parece dispuesta a que nadie vuelva a imponer su dominio o su influencia sobre ella.

Referencias bibliográficas

ÁLVAREZ-OSSORIO, Ignacio. "Siria en el Rubicón: lucha por la supervivencia de una dinastía". *Política Exterior*, n.º 109 (enero-febrero 2006), p. 39-44.

– *Siria ante la revuelta: el blindaje del régimen*. Real Instituto Elcano. Documento de trabajo ARI 66/2011 (en línea)

http://www.realinstitutoelcano.org/wps/portal/rielcano/contenido?WCM_GLOBAL_CONTEXT=/elcano/elcano_es/especiales/crisismundoarabe/analisis/rie/ari66-2011

ÁLVAREZ OSSORIO, Ignacio y GUTIÉRREZ DE TERÁN, Ignacio. "La república hereditaria Siria: el fracaso de una transición". En: Izquierdo, Ferrán (ed.). *Poder y regímenes en el mundo árabe contemporáneo*. Barcelona: CIDOB, 2009, p. 265-300.

ARTETA, AURELIO. "Moral y política". En: A. Arteta, E. García Guitián y R. Maiz (eds.). *Teoría política: poder, moral y democracia*. Madrid: Alianza, 2008, p.116-136.

AYUBI, Nazih. *Política y sociedad en Oriente Próximo: La hipertrofia del Estado árabe*. Barcelona: Bellaterra, 1998.

BATATU, Hanna. *Syria's Peasantry: The Descendants of its Lesser Rural Notables and their Politics*. Princeton University Press, 1999.

GEORGE, Alan. *Syria: neither Bread nor Freedom*. Nueva York: Zed Books, 2003.

HINNEBUSCH, Raymond. *Authoritarian Power and State Formation in Ba'thist Syria: Army, Party and Peasant*. Colorado: Westview Press, 1990.

GUTIÉRREZ DE TERÁN, Ignacio. *Estado y Confesión en Oriente Medio: el caso de Siria y Líbano. Religión, taifa y representatividad*. Madrid: Cantarabia, 2003.

HADDAD, Bassam. *Abandonado a su propia suerte: cómo el régimen sirio se ha encajonado a sí mismo*. Real Instituto Elcano. Documento de trabajo 44/2005 (en línea)

<http://www.realinstitutoelcano.org/wps/wcm/connect/8b39ba804f0185c5b99dfd3170baead1/PDF-043-2005-E.pdf?MOD=AJPERES&CACHEID=8b39ba804f0185c5b99dfd3170baead1>

ISMAIL, Salwa. "Changing Social Structure, Shifting Alliances and Authoritarianism in Syria". En: Lawson, Fred H. (ed.). *Demystifying Syria*. Londres: SOAS Middle East Studies Series, Consortium Book Sales & Dist, 2010, p. 13-28.

- ITANI, Fida. *Al yihadīyyun fi Lubnan: min quwat al-fayr ila fath al-islam*. Beirut: Dār al-Sāqī, 2008.
- IZQUIERDO, Ferrán. *Poder y felicidad: Una propuesta de sociología del poder*. Madrid: Catarata, 2008.
- “Poder y transición política en el mundo árabe”. *Awraq*, n.º XXIV (2007), p. 149-194.
- LESCH, David W. *The New Lion of Damascus: Bashar al-Asad and Modern Syria*. New Haven: Yale University Press, 2005.
- LEVERETT, Flynt. *Inheriting Syria: Bashar’s Trial by Fire*. Washington D.C.: Brookings Institution Press, 2005.
- MARTÍN, Gema. *El Estado árabe: Crisis de legitimidad y contestación islamista*. Barcelona: Bellaterra, 1999.
- PERTHES, Volker. *The Political Economy of Syria under Asad*. Londres: I.B. Tauris, 1995.
- SEALE, Patrick. *Asad: The Struggle for the Middle East*. University of California Press, 1989.
- SAAD AL-DIN, Adnan. *Al-ljwān al-muslimūn fi Sūriya*. Ammán: Dār Ammār, 2006-2009. Vols. I-V.

Fuentes primarias

- Informe de Human Rights Watch (2010): *A wasted decade: Human Rights in Syria during Bashar al-Asad’s First Ten Years of Power*, disponible en:
<http://www.hrw.org/en/reports/2010/07/16/wasted-decade-0>
- Informe de Human Rights Watch (2011): *“We’ve never seen such horror”: Crimes against Humanity by Syrian Security Forces*, disponible en: <http://www.hrw.org/node/99366>
- “*Al-Maēruy al-siyāsī li-sūriyyat al-mustqbal*” (2004), disponible en:
www.ikhwansyria.com/ar/DataFiles/Contents/Files/word+pdf/mashro3-syasy.pdf